

Capítulo 1

Una azotea inclinada con vistas a la ciudad cubría el balcón balaustrado al que daban los dormitorios de verano del palacio. Las columnas de mármol vetado de la barandilla sostenían un parapeto de alabastro tan blando que se podría cortar con las dagas de juguete que llevábamos al cinto. El pasamano, como cabía esperar, lucía arañazos y muescas en toda su longitud; ni todas las regañinas de nuestras niñeras conseguían acabar con un pasatiempo que nos encantaba; servidumbre aparte, la balconada era nuestra en exclusiva de la mañana a la noche.

Éste era nuestro patio de recreo; aquí es donde comienzan mis primeros recuerdos.

Desde nuestra atalaya, los muros del palacio se precipitaban hacia abajo como escarpados acantilados blancos. La calzada que remontaba la colina procedente de la Puerta Norte —no de la Puerta de los Leones, naturalmente, que por aquel entonces era un simple postigo— serpenteaba entre hileras de viviendas achatadas y desembocaba al pie de una empinada escalinata que conducía a la entrada de la corte real, directamente debajo. Unos centinelas que parecían tan diminutos como moscas recorrían la muralla de la ciudadela. El suelo de piedra rota descendía desde la base del baluarte a un valle poco profundo atestado de casas pintadas de rojo y amarillo, de blanco, azul y verde, como gemas escapadas del joyero de alguna dama.

Desde lo alto del balcón, los edificios parecían igual de insignificantes que las cabañitas de barro cocido que le regalaban los esclavos a mi hermana para que guardara sus muñecas. Parecía posible arrojar una piedra hasta los tejados más lejanos; una posibilidad ilusoria, en la práctica. Nuestros más esforzados lanzamientos sólo conseguían cruzar la carretera a nuestros pies; aunque una vez Menelao, tras coger una carrerilla que le magulló el pecho contra el parapeto, logró golpear el tejado del cuartel de la guardia, en

lo alto de la escalinata. La mala suerte quiso que uno de los centinelas presenciara su hazaña; y un riguroso mensaje de nuestra madre nos prohibió que se repitiera. De modo que nunca tuve ocasión de batir el récord de mi hermano; proeza improbable, en cualquier caso, puesto que Menelao siempre fue más fuerte que yo.

Las aldeas estaban rodeadas de cultivos; las terrazas de olivares y viñedos se escalonaban en las laderas; las ovejas pastaban tallos fibrosos en los prados que bordeaban los bosques de robles y cipreses. A la cristalina luz de la primavera y comienzos de otoño podía atisbarse en ocasiones el mar a orillas de Nauplia, un filo que resplandecía sobre el canto más lejano del horizonte. Micenas en todo su esplendor, pensábamos en nuestra infantil ignorancia, se extendía ante nuestros ojos como un tapiz de vivos colores.

Éramos muy jóvenes por aquel entonces —Menelao contaba siete años de edad, y yo uno más—, e incapaces de concebir los inmensos cimientos sobre los que se sostenían los dominios de nuestra familia.

Los suelos con dibujos de los dormitorios de verano se extendían hasta el balcón y ofrecían una superficie pulida para nuestros juegos con discos de marfil: las distintas formas constituían oportunas dianas y objetivos. Las partidas consistían en tirar o deslizar las fichas propias dentro del blanco designado a la vez que se sacaban las del oponente. Nuestros lanzamientos eran erráticos; perdimos muchas fichas que rebotaban entre las columnas de la balaustrada y se precipitaban desde una altura de ocho hombres altos hasta la calzada del fondo.

El desastre que aconteció un radiante día de primavera no tuvo nada de accidental. Nos habíamos aburrido del juego y estábamos asomados a la barandilla uno al lado del otro, con las barbillas coronando apenas el parapeto, intentando distinguir las evoluciones de los guerreros en el campo de batalla, a lo lejos. Un carro traqueteante subía despacio por la calzada procedente de la puerta; sus ocupantes, a juzgar por las armaduras, eran un héroe y su compañero que regresaban pronto del desfile. El héroe se apeó, cruzó unas pocas palabras con el conductor y empezó a remontar los escalones. Llegó directamente debajo de nuestros rostros curiosos. En mi mano brincaba un disco de marfil, tan grueso como un dedo y tan ancho como una palma.

La tentación era irresistible. Estiré el brazo y lo solté.

La ficha golpeó su casco; el mármol crujió contra el penacho de colmillos de jabalí y se alejó rodando por el polvo. El hombre dio un respingo, se llevó la mano al casco, alzó el rostro y contempló fijamente las cabezas que lo espiaban desde las alturas. Reconocí horrorizado a mi objetivo y me aparté del pasamano.

—¡Tiestes!

—¡Idiota! —susurró Menelao.

Ninguno de los dos se atrevía a asomarse de nuevo. Oímos cómo las ruedas con llantas de bronce del carro descendían por el camino, y cómo la voz del comandante de la guardia emitía un saludo. A continuación, silencio. Nos miramos fijamente a los ojos, estupefactos, y aguardamos el castigo que habría de caer sobre nuestras cabezas, tan inevitable como la caída de las hojas que sigue a la cosecha. En un vano intento por disimular lo evidente les pedí desesperadamente a los esclavos que nos atendían que recogieran las fichas desperdigadas por el suelo y las escondieran debajo de la cama.

—Ha pasado mucho rato, Agamenón —dijo con un hilo de voz Menelao—. ¿Crees que no nos habrá visto?

—No. A Tiestes no se le escapa nada.

Tiestes nos inspiraba un miedo cerval. Como a todo el mundo. Ni siquiera ahora puedo pensar en él sin estremecerme de odio.

Resonaron pasos en la escalera de madera. Nos escabullimos del dormitorio presas del pánico como ratones asustados, salimos al balcón y aplastamos la espalda contra la balastrada. Dos figuras formidables cruzaron el piso. Una, tal y como esperábamos, era la de Tiestes; la segunda pertenecía a su hermano Atreo, oficial de justicia de Micenas.

Un cinturón tachonado de oro, ceñido al talle, sostenía una falda corta de cuero y realzaba las caderas enjutas y los poderosos y anchos hombros de Atreo. Sus músculos ondulaban como serpientes perezosas bajo una piel tostada como la corteza de un roble por los soles de cuarenta veranos. Era increíblemente alto, el hombre más inmenso que he conocido, más que yo en mis mejores tiempos. Poseía un rostro anguloso y enjuto, de pómulos aplastados y nariz aguileña; el cabello rubio, sin rastro de canas, se rizaba detrás de sus orejas y acariciaba la barba recortada hasta terminar en una punta

inclinada, con el bigote afeitado según la moda imperante por aquel entonces. Sus labios, finos y expresivos, tenían la misma facilidad para curvarse en una sonrisa que para formar una cruel mueca cortante como un cuchillo; profundos surcos unían aquellas comisuras con las aletas de la nariz. Antes de nada uno se fijaba en sus ojos, de un azul llameante bajo unas cejas pobladas que el sol se había encargado de desteñir hasta dejarlas casi blancas.

Expulsó a los criados y se meció en silencio sobre los talones. Eché un vistazo de reojo a su cara, me apresuré a apartar la mirada, y examiné angustiado las botas de gamuza que le cubrían las piernas hasta la rodilla. Sus cordones eran de alambre de plata; de lo alto colgaban teselas sujetas con hilo dorado. Empuñaba el látigo de un carro, con la larga cola de piel de buey enroscada entre el pulgar y otro dedo, y se daba golpecitos distraídos con el mango en el muslo.

Los golpecitos cesaron.

—Una piedra ha golpeado al noble Tiestes. ¿Cuál de los dos la ha tirado?

Lancé una mirada de soslayo a Menelao, que estaba observando fijamente el látigo, fascinado.

—No ha sido ninguna piedra, padre. Era una de las fichas que usamos para jugar. Se... resbaló.

—¿De qué mano?

Me humedecí los labios y tragué saliva. Tiestes se revolvió con impaciencia.

—¿Qué más da? ¡Sabandijas impertinentes! ¡Azótalos a los dos, hermano, y acabemos con esto!

Sus gruñidos me recordaron su presencia, aunque no me atreví a mirarlo. Se había quitado el casco y el peto y lucía una camiseta interior de combate: una prenda de lana sin mangas que descendía hasta la falda. Era un palmo más bajo que Atreo y su cabeza, sostenida por un cuello de toro, se agazapaba sobre los hombros como un ave de presa al acecho. Tenía los hombros robustos y pesados, y una musculatura que se trenzaba en sus brazos y piernas como guindalezas entrelazadas. Tiestes se movía con torpeza, sin la gracia y sinuosidad de su hermano, pero —como más de un rival había descubierto para su pesar— sus pies eran veloces como los de un gato. Una poblada barba castaña enmarcaba sus rasgos, abruptos

como la roca erosionada por el viento. Sólo los ojos eran expresivos, profundamente hundidos, de un verde claro como el mar lejos de la costa. Cuando se enfadaba las pupilas se oscurecían, adquirían un gris pétreo jaspeado de blanco, charcos de agua gemelos endurecidos por el hielo.

Ahora estaba enfadado. Me temblaron las rodillas; me alegré de contar a mi espalda con el parapeto calentado por el sol que sostenía mis omoplatos.

—¿De qué mano? —repitió Atreo.

—No me acuerdo —musité—. Fue un accidente. En ningún momento quisimos...

Menelao se apartó de la balaustrada y enderezó la espalda, tembloroso, con los puños apretados a los costados.

—Fui yo el que tiró el disco, padre —dijo con un hilo de voz.

Levanté la cabeza para observar la reacción de Atreo. Parecía no haber oído nada. Tenía la mirada clavada en mi persona; la misma mirada prolongada e inquisitiva que se le dedica al caballo sobre cuya calidad alberga una duda. Vi desprecio en sus ojos y, curiosamente, un destello de admiración. Se podría alegar que yo era demasiado joven para interpretar los pensamientos de un hombre cuatro veces mayor que yo. Ciertamente; pero esta perspicacia, esta capacidad para sondear la mente y la motivación de las personas era un don que me había concedido La Dama al nacer. Sin él, hoy no podría estar donde estoy.

—¡Cochino insolente! —estalló Tiestes.

Mi hermano inclinó la cabeza. Atreo enrolló la cola del látigo alrededor del mango, formando apretados anillos en la empuñadura, y dijo bruscamente:

—Correcto. Deberás aprender a respetar a tus mayores. Date la vuelta. ¡Dobla los brazos encima de la balaustrada, y no te muevas!

Menelao obedeció. Apoyó la frente en los antebrazos, con las manos afianzadas en el borde del parapeto. Atreo se situó detrás de él, levantó el látigo y lo descargó. Se dibujó un verdugón en la delgada espalda del muchacho. El segundo fustazo cayó a un dedo de distancia del primero, cruzado por el tercero y el cuarto. La piel se perló de gotitas rojas. Menelao se revolvió ligeramente y se mordió la muñeca.

Atreo completó el castigo, desenroscó la cola del mango y tiró el látigo al suelo con repugnancia, trazando un churrete escarlata en la escayola pintada. Menelao cayó de rodillas, rasguñándose la frente contra los pilares de la balaustrada. No había proferido ningún sonido, pero ahora gimió de forma casi inaudible. Tiestes se adelantó y levantó un pie. Atreo se apresuró a interponerse en el camino de la brutal patada.

—¡Basta, hermano! El niño ha aprendido la lección. —Con voz severa, añadió—: Es sangre de nuestra sangre. ¿Quieres tratarlo como a un esclavo?

Tiestes frunció el ceño. Atreo le indicó la escalera. Mientras se alejaban, dijo por encima del hombro:

—Llama a los sirvientes, Agamenón. Encárgate de que le laven y unjan los cortes. —Se detuvo en lo alto de los escalones y se atusó la barba—. Los dos estáis creciendo —reflexionó en voz alta—, ya sois demasiado mayores para holgazanear aquí al cuidado de esclavos y niñeras, metiéndoos en problemas. Va siendo hora de comenzar vuestra formación. Tendré que ocuparme de eso.

Mostró la blanca dentadura en una sonrisa fugaz, y bajó la escalera.

Hice lo que se me había pedido y le ordené a un hombre que trajera al médico de palacio. Después acudí junto a mi hermano, que yacía hecho un ovillo en el suelo, con los ojos fuertemente cerrados. Regueros de lágrimas le surcaban las mejillas.

—Gracias, Menelao —susurré.

Varios años más tarde Atreo rememoraría este episodio. «Sabía perfectamente que el culpable eras tú», dijo, «y demostraste ser tan mezquino como embustero. Fue entonces cuando decidí que habrías de sucederme en el trono de Micenas. Verás, Agamenón, un rey debe carecer por completo de escrúpulos y estar dispuesto, en caso de necesidad, a traicionar a su mejor amigo... incluso a su querido hermano. Creo que cumples los requisitos de sobra... ésa es precisamente la clase de líder que nuestros traicioneros héroes necesitan.»

La transición fue brusca. Menelao y yo nos mudamos al ala de los escuderos: cámaras alargadas y sombrías, dormitorios y salones

combinados, en la primera planta con vistas a las montañas. Los escuderos en periodo de formación —alrededor de veinte hijos de nobles de Tirinto y Micenas— nos pusieron rápidamente en nuestro sitio. Allí todos eran iguales, los hijos de la realeza como nosotros no recibían ningún trato de favor especial. Al mando de esta turbulenta pandilla estaba un joven compañero que respondía al nombre de Diores, un hombre robusto y moreno, de lengua afilada y pronto con el látigo, que no estaba dispuesto a tolerar la menor impertinencia de unos mocosos altaneros.

No entraré en detalles sobre el adiestramiento que hubimos de soportar los cuatro años siguientes: una rigurosa rutina dolorosamente familiar para todo hombre de sangre noble. Se nos sacaba de la cama cuando todavía era de noche y estábamos corriendo por los campos antes de que despuntara el sol, con Diores trotando detrás de nosotros, propinando sangrientos latigazos a quienes se rezagaban. Hacíamos un alto para recuperar el aliento al llegar al campo de batalla: una vasta franja de terreno llano a seiscientos pasos de la puerta de la ciudadela por la que desfilaban los soldados de Micenas. Dos estrechos cursos de agua, secos durante las lunas de verano, serpenteaban por su superficie: un desafío para los aspirantes a compañeros, que debían cruzarlos al galope. Allí luchábamos y boxeábamos, saltábamos zanjas y muros, y practicábamos extraños ejercicios que eran una tortura para los músculos. Más adelante se ascendía a tareas más emocionantes: el entrenamiento marcial, con lanzas, espadas y arcos; el cuidado de armas y armaduras; las tácticas de batalla y el combate a distancia.

Un día le reproché enfurruñado a Diores que pelear a pie como lanceros comunes no era propio de caballeros. Optó, para variar, por no arrancarme la cabeza de un bocado y repuso:

—Escuadrón... bajad los escudos. Descansad. Escuchad, y meteos esto en vuestras necias molleras. Esperáis llegar a ser héroes algún día... ¡La Dama nos libre! ¿Qué son los héroes? Son hombres de noble cuna, y los mejores luchadores del mundo. Un héroe dirige a lanceros y arqueros, tiradores con honda, jinetes y conductores de carros: hagan ellos lo que hagan, él deberá hacerlo mejor. Por eso aprende a combatir a pie como un lancero, a disparar como un arquero, a montar como un explorador y a conducir como un compañero. Algo que a vosotros os llevará años, y apenas si acabáis

de empezar. Al final, si sobrevivís, seréis capaces de llevar un carro a la primera línea de batalla, donde siempre combaten los héroes. Hasta entonces tenéis trabajo por delante. ¡En pie, escoria! ¡Arriba los escudos!

Por las tardes Diores nos reunía en las bodegas del palacio y nos hablaba de cosechas y formas de servir el vino: conocimientos esenciales para unos escuderos en ciernes; los criados se encargaban de los alimentos durante las comidas, pero el vino era potestad de los caballeros. Por último asistimos las cenas de los nobles durante tres días consecutivos, observando desde la galería que dominaba el salón con un oído puesto en los comentarios de Diores, que después de aquello nos soltó en un banquete organizado por el rey Euristeo en honor de un noble visitante. Se me encomendó atender a Atreo; mi hermano debería servir a Tiestes. Nos sentíamos intimidados como gatitos; y la brillante escena, el estruendo, la pompa y el esplendor no constituían ningún bálsamo para los nervios.

El gran salón de Micenas mide dieciséis pasos de largo por catorce de ancho, y su suelo es de baldosas con dibujos, rojas y amarillas, azules y blancas. Un fuego alimentado con carbón arde de la mañana a la noche todos los días del año en una chimenea circular situada en su centro, donde se prepara la comida. Cuatro columnas de madera aflautadas enmarcan el hogar y sostienen una abertura en el techo que rodea una galería, todo ello cubierto por un triforio cuyas ventanas dejaban pasar la luz y el aire y permitían la salida de humos. Un gigantesco portal cerrado por puertas chapadas en bronce conducía al vestíbulo y el posterior pórtico.

En cada palmo del techo resplandecían brillantes diseños pintados; había leones cazando venados a lo largo de una de las paredes, plasmados a tamaño natural, llameantes sus colores en la escayola. En otra, unos hombres conducían sus carros a la guerra, doradas las armaduras, blancas y negras las parejas de caballos. Dos monstruos alados con cabeza de perro flanqueaban un trono de mármol vetado de rojo y encabezaban procesiones gemelas de aves, bestias y mariposas: un caos iridiscente que parecía dotado de vida y movimiento.

La luz de las antorchas titilaba como las estrellas, reflejada en el cristal, la plata y el oro; el humo del carbón, la carne asada y el vino

perfumaban el aire. Los escuderos llenaban las jarras de plata en un almacén de vino contiguo al vestíbulo y zigzagueaban entre las mesas y los hombres gesticulantes: doscientos cuerpos morenos desnudos resplandecientes de aceite fragante, engalanados con gemas y brazaletes y collares de oro; su trabajo requería mano firme y gracia de bailarín. También había que esquivar a los perros que disfrutaban de su comida: pesados y veloces molosos que los héroes empleaban en sus cacerías, dispuestos a cargar lo mismo contra un ciervo que contra un león enfurecido. Mientras tanto Diores, desde su asiento junto a la puerta, montaba guardia como un halcón y contaba cada gota que derramábamos.

Nadie prestaba atención a los escuderos salvo quienes querían bebida. Mi tarea principal consistía en mantener la copa del oficial de justicia repleta hasta el borde; pero cualquier señor, a mi paso, podía exigirme que le llenara el vaso. Cuando me abría paso entre dos de las mesas exteriores, a mi regreso de otra incursión en la bodega, sentí unos dedos que tironeaban de mi faldón y me detuve para atender a su propietario: un hombre con el cuerpo tan blanco como el de una mujer. Vi su rostro de perfil, delgado y de mejillas hundidas, delicadamente cincelados los rasgos, corta y rubia la barba. Algún héroe o compañero; ningún mortal de baja estofa cenaba en el salón. Su parecido con alguien que me resultaba conocido aleteó en mi memoria y se desvaneció engullido por el clamor.

Dio unos golpecitos en su copa vacía, y sonrió.

Me agaché para obedecer su orden y atisé el lado opuesto de su cara. Desde la mandíbula a la sien tenía la mejilla aplastada y hundida, la piel de un blanco ceniciento y arrugada. Su ojo derecho, fijo y vidrioso, miraba fijamente sin ver desde el fondo de la cuenca. La barba cubría de forma irregular esta espantosa cicatriz, como la hierba que pugna por sobrevivir en tierra yerma.

Desvié la mirada y llené su copa, un recipiente de cristal labrado con sabuesos a la carrera. Dijo:

—Este vino es más claro que el último que me sirvieron. ¿De qué cosecha es? —Hablaba despacio y en voz baja, y vacilaba de una palabra a otra como si tuviera que extraerlas de los rincones más recónditos de su cabeza.

—Es vino de Ática, mi señor, y tiene diez años.

Probó un sorbo y paladeó el líquido.

—Tiene cuerpo y es suave, quizá un pelín dulce. —Aguardé, jarra en mano —según las lecciones de Diores, no podía continuar hasta que él me diera permiso—, y me pregunté quién sería. Conocía de vista a los nobles de la casa y a casi todos los que vivían fuera de la ciudadela: su ir y venir del palacio era constante. A éste no; y era imposible que su sobrecogedor aspecto me hubiera pasado desapercibido.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —dijo.

—Agamenón, mi señor.

El ojo sano se agrandó, y un espasmo estremeció el lado intacto de su rostro.

—¿Es cierto eso? Se trata de un nombre poco corriente. Sin duda me suena... tú debes de ser... —Sus dedos acariciaron la cicatriz irregular; se formaron surcos en la frente por encima del ojo que escudriñaba mi cara, mientras la otra ceja permanecía recta, sin pliegues; el efecto era sumamente perturbador—. Imposible —musitó—. Eres demasiado mayor. O demasiado joven. Cuesta tanto acordarse. Los años se confunden como ríos crecidos, cuyas aguas fluyen tan deprisa que sólo puede verse un borrón. Deberías tener un hermano, muchacho, un hermano. Dime...

—Sí, mi señor: Menelao.

—¡Exacto, ése es el nombre! ¡Ya vuelve todo! —Hablabla febrilmente, tartamudeando, peleándose con las palabras. Alargó la mano y me agarró la rodilla. Diores me había advertido que algunos caballeros cariñosos, alentados por el vino, intentaban toquetear a los escuderos bien parecidos que atendían las mesas; a menos que me tentara esa llamada haría bien en esfumarme alegando tener recados que atender urgentemente. No me aparté. Allí no había lascivia, tan sólo una emoción desatada, traicionada por el semblante gesticulante y las gotas dulzonas que le poblaban las mejillas. A pesar de todo, me sentí azorado. Aquel hombre era decididamente extraño, y deseé que me diera permiso para marcharme.

»Tu madre —continuó con voz ronca—. ¡No, no me lo digas! Déjame pensar... —Se pasó los dedos por el cabello, dorado y vetado de gris pese a la relativa juventud que sugerían sus rasgos incólumes—. ¿Anaxibia? No, ésa es otra. ¿Quién era Anaxibia...?

Abrí la boca para explicárselo y vi, al otro lado del bullicioso salón, los ojos de Atreo fijos en los míos. Parecía ansioso y al

mismo tiempo enfadado, y me hizo señas con gesto imperioso. Agradeciendo la excusa, dije cortésmente:

—Me requieren en otra parte, mi señor. ¿Tengo vuestro permiso?

Como la llama de una antorcha hundida de repente en el agua, su rostro se apagó y perdió toda expresión; la tensión abandonó sus brazos y su cuerpo se quedó laxo en la silla.

—¿Permiso? —preguntó con voz hueca—. Sin duda. ¿Por qué estás aquí? Ah, sí, el vino. Bastante aceptable, quizá no maduro del todo; un ápice demasiado dulce para mi gusto. ¿De dónde has dicho que era? Da igual... puedes retirarte.

Me apresuré entre las mesas al encuentro del oficial de justicia.

—Echa vino —me espetó—. Tengo el gaznate más seco que la entrepierna de una virgen. Diantre, ¿dónde te habías metido? Tu trabajo consiste en procurar que mi copa siempre esté llena... ¿no te lo habían dicho?

—Sí, mi señor —respondí mansamente—. Me entretuve sirviendo a aquel caballero de allí —apunté con la barbilla a las mesas de fuera—, que me preguntaba...

—Ya os he visto. —Sus fríos ojos azules me taladraron el cerebro—. Se llama Plístenes. Nunca, Agamenón, vuelvas a hablar con él. ¿Entendido?

Asentí sin decir palabra, e incliné la jarra.

La agotadora existencia que debía sufrir un aprendiz de escudero a menudo conseguía que añorara mi antigua vida, la de un niño mimado en la casa del poderoso oficial de justicia. Al cabo de la jornada caía rendido en la cama y dormía como un cadáver; rara vez encontraba fuerzas para cruzar el patio del palacio que me separaba de las habitaciones de Atreo o los aposentos donde vivía mi madre.

Aunque, sinceramente, no puedo decir que echara de menos a mi madre.

Un tema delicado.

Aérope, que contaba por aquel entonces unos veinticinco años de edad, era menuda y morena, vivaz y voluptuosa, y letalmente atractiva. Brillantes ojos castaños en un rostro ovalado del color del mármol viejo, una piel inmaculada, la nariz corta y respingona

y los labios, rojos y carnosos. El canesú abierto revelaba sus senos imperiosos y unos pezones pintados de escarlata que invitaban a la caricia de ávidas manos viriles.

A fin de que el sol no tostara su delicada tez, eran muchas las damas que se pasaban el día entero holgazaneando tras las puertas del palacio, cotilleando y acicalándose, sin salir más que al anochecer para orearse en sus literas o ver pasar el mundo tumbadas en sus divanes cubiertos. Aérope no. Sabía empuñar las riendas como el compañero más diestro, y participaba en las cacerías de jabalíes vestida como un hombre, con faldón y botas de gamuza, conduciendo su carro al galope por los terrenos más abruptos. Pese a todos sus entretenimientos aún encontró tiempo, en años sucesivos, para tenernos a Menelao y a mí, así como a nuestra hermana Anaxibia: una criaturita inofensiva que vivía en los aposentos de su madre y apenas si tiene cabida en mi historia.

Menelao y yo teníamos prohibido visitar a Aérope sin previo aviso desde el día en que, ambos muy jóvenes, irrumpimos en su estancia sin anunciarnos y descubrimos a Atreo prodigándole íntimas caricias. No nos sorprendimos ni escandalizamos; para los niños pequeños, las relaciones de los adultos son tan esotéricas como interesantes; pero Atreo, ruborizado y colérico, nos ordenó salir con cajas destempladas. Nos fuimos corriendo, dolidos y escarmentados.

En las ocasiones, hoy en día infrecuentes, que visitaba a mi madre esperaba encontrar allí a Atreo, como solía ocurrir. Aérope se interesaba dulcemente por mi salud, esperaba que no estuviera esforzándome demasiado, y celebraba mi físico; estaba creciendo deprisa, y desarrollando una musculatura de hierro. Yo respondía según dictaban los buenos modales y me iba cuando podía hacerlo sin faltar a las buenas maneras. En éstas visitas de compromiso, en las que les veía juntos, me sentía incómodo con ellos, cosa que no ocurría cuando los veía por separado.

Lo cual no dejaba de resultar extraño, pues, ¿dónde debería estar mi progenitor sino al lado de mi madre?

Un mensajero, tirado por caballos empapados de sudor, llegó de Tirinto con nuevas que sumieron el palacio en un mar de confusión.